

XVI

Hablábamos de una oda del señor Caro á la estatua del Libertador, con ele grande.

Porque es de saber que, efectivamente, el excelentísimo señor don Miguel Antonio Caro, actual presidente de la república de Colombia, ha *cantado* en sus mejores tiempos «á la estatua del Libertador (en la plaza mayor de Bogotá).»

No crean ustedes que este paréntesis, copiado del original, quiere decir que el señor Caro ha cantado en la plaza mayor: no, no quiere decir eso, aunque lo diga.

Quiere decir que la estatua del *Libertador*, á la que ha cantado el señor Caro, está en la plaza mayor de Bogotá.

Por lo demás, el señor Caro habrá cantado desde su casa probablemente.

¡Pero qué canto el suyo!

Con *cantos* así, aunque sólo vayan contra la

efigie, bien paga al pobre Bolívar su pecado de ingratitud á España, del cual parece que estaba ya algo arrepentido al morir, en vista de los frutos de su obra.

Y eso que no vió más que la primera cosecha...

Que si hubiera podido ver las sucesivas; si hubiera podido ver la sangrienta serie de guerras encarnizadas entre repúblicas limítrofes por un quitame allá esas pajas, y la cuasi periódica celebración de lujosas hecatombes dentro de una misma república, para poner un presidente en lugar de otro, es de creer que hubiera llorado amargamente.

En fin, el caso es que el señor don Miguel Antonio tira á la estatua del *Libertador* estos cantos... rodados.

Después de decir:

«No le turba la fama
Alada pregonera, que tu gloria...»,

recordando á fray Luis de León, que dijo:

«No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera»,

entra el señor Caro en sus propios dominios y dice:

«Ni á sus ojos te ofreces
Cuando, nuevo Reinaldo, á tí te olvidas,
Y el hechizante filtro hasta las heces
Bebiendo...»

A tí te olvidas... á tite...
Y luego bebiendo hasta las heces (muy nuevo) el hechizante filtro...

«Y envidia vil desflora
Con rabioso azotar la inclita rama,
Con que piadosa gratitud decora
Tu frente creadora
Que el honor de los Césares desama...»

Es claro. Para concertar con rama... desama.

Después del *desflora* y del *rabioso azotar* la rama *inclita*...

«Ya el obcecado hermano...»

¡Buen par de asonantes!... Sin perjuicio de que uno de ellos sea ripio...

«Ya el obcecado hermano
El arma revolvió contra tu pecho,
Y en el confín postrero...
(¿Otro asonante?... y ripio verdadero)
Y en el confín postrero colombiano

Te brinda *hidalgo hispano*,
 (¿Asonantes aún? ¡Empeño insano!)
 Si patria te faltó, su honrado techo.»

«A ese asilo postrero...»

Todo es postrero aquí: los confines, los asilos, todo.

«¿Qué asolación augura
 La voz doliente que en los aires gira?
 De negra ingratitude victima pura
 (Negra ingra... ¡cosa dura!)
 En *hórrida* espesura
 ¡Cielos! el héroe de Ayacucho espira.»

¡Cielos! ¿Qué nos cuenta usted?
 ¿En espesura *hórrida*?... ¿Y por qué *hórrida*?... ¿Por llenar el verso?... Lo mismo la podía usted haber llamado *mágica* ó *célica*...

«En tan *solemnes* días,
 Por la orilla del mar, *los pasos lentos*,
 Y *cruzados los brazos*, *cual solías*...
 (¡Con estas prosas frías,
 De conquistar la gloria tiene intentos!)

En tan *solemnes* días, los *pasos lentos*, y *cruzados los brazos*, *cual solías*...
 ¡Cuidado, que es prosáico todo esto, don Miguel!

«En tan *solemnes* días,
 Por la orilla del mar, *los pasos lentos*,
 Y *cruzados los brazos*, *cual solías*,
 Hondas melancolias
 Exhalabas á veces en lamentos.»

A veces... sí, á veces es usted muy prosáico, y á veces algo más todavía.

¡Y luego venir á decirnos, en plata... ó en estaño, porque plata no pueden ser los versos de usted, que á veces lloraba el Libertador!
 ¡Bueno le pone usted al pobre!

«En *sordos* aquilones,
 Oías como *lúgubres* señales:
 Si caerán sobre mí las maldiciones
 De cien generaciones,
 ¡Ay, desgraciado autor de tantos males!...»

No es poesía; pero es verdad.

«No *tremendo*, no *adusto*
 Revives...»

No se sabe si quiere decir que el libertador no revive, ni *tremendo* ni *adusto*, ó quiere decir que revive, pero no *adusto* ni *tremendo*.

«No *tremendo*, no *adusto*
 Revives: del *fragor* de la pelea
 Descansas ya... Mas *tutelar*, *augusto*,

Doquier se alce tu busto
 (Para esto le hizo augusto y aun no adusto)
 Con plácida elación se enseñorea...»

¡Con plácida elación!

«El divinal aliento...»

Al-al, al-al... imón... al-al... imón...

«Que anima á la materia y transfigura...»

¿Transfigura qué? Porque tal como está hecho el verso, parece que el *divinal aliento* va á transfigurar otra cosa.

Y, sin embargo, no es así. El *divinal aliento*, según la infeliz expresión del señor Caro, transfigura á la misma materia que anima.

Aunque esto estaría mejor expresado diciendo:

«Que á la materia anima y transfigura.»

Así no tendríamos anfibología.

«El divinal aliento
 Que anima á la materia y transfigura,
 Nobilísimo humano sentimiento,

Final recogimiento
 Cuanto á el alma enaltece ó la depura.
 En mística amalgama,
 Cual vago nimbo de tu excelsa frente,
 No imitación, veneración reclama.»

Recibe:

Divinal aliento, que transfigura, nobilísimo sentimiento humano, recogimiento final...

Mézclese, según arte académico, en *amalgama mística*, y háganse con ello treinta y dos píldoras, digo, estrofas, *cual nimbo vago* de la frente *excelsa* de don Simón, que *reclama*, no imitación, veneración...

¿No es verdad que es imposible hacer nada más malo?

No, no es verdad; porque el mismo don Miguel tiene un romance, en variedad de metros y de despropósitos, titulado *Sueños*, peor que las odas á la gloria y á la estatua.

Empieza así:

«Reclinado sobre hojas *macilentas*,
 Que el tronco *cercan* del anciano aliso
 En tu *verde* ribera *solitaria*.

¡Oh, *claro río!*
 Miro los montes,
 Los cielos miro.

Doy suelta al pensamiento, y el pensamiento vago
 Se duerme de tus ondas al amoroso ruido...»

¡Qué pensamiento más manso y más humidel...

Le dan suelta, y, en vez de irse á los trigos, se echa á dormir á la vera del amo.

Algunos borriquillos tienen así los aceites, pero muy pocos: de ciento uno.

¡Y todavía llama don Miguel *vago* á su pensamiento, cuando es un doctrino!...

Verdad es que también llama *verde* á la ribera y no lo debe ser, si es que están ya *macilentas* las hojas...

A bien que *macilentas* las llamaría para hacer asonante con *cercan*...

La vuelta á la patria se titula otra composición del señor Caro.

El asunto no puede ser más poético, ¿verdad?... pero no se agucen ustedes, porque tampoco aquí encontraremos poesía.

Empieza el señor Caro, diciéndonos:

«¡Mirad al peregrino...»

Bueno, le miraremos; por eso que no quede. Ya le estamos mirando. Siga usted.

«¡Mirad al peregrino
Cuán *doliente* y *trocado!*...»

¡Caramba! Ese adjetivo es muy poco poético. Mas... consolémonos con la esperanza de

que todavía los habrá peores, y sigamos leyendo á don Miguel Antonio:

«¡Mirad al peregrino
Cuán *doliente* y *trocado!*...»

La conexión de los dos adjetivos tampoco es muy grande. Si no los sujetara la conjunción copulativa, se marcharían cada uno por su lado seguramente.

Esto me recuerda aquello de don Aureliano Fernández-Guerra en la biografía de Hartzenbusch:

«Desde que perdió á su *excelente* y *segunda* esposa...»

Doliente y *trocado!*...

Vamos adelante:

«¡Mirad al peregrino
Cuán *doliente* y *trocado!*
Apoyándose *lento* en su cayado...»

¿Apoyándose *lento*?

¿Y cómo puede uno *apoyarse lento*?

Podrá caminar *lento*, eso sí; pero en el *apoyarse* no puede haber lentitud ni ligereza: no hay más que *apoyarse*... ó no *apoyarse*...

«¡Mirad al peregrino
Cuán *doliente* y *trocado!*»

Apoyándose *lento* en su cayado,
 Qué *solitario* va por su camino.»

Bueno: en esto último, en lo de ir *por su camino*, hace bien.

Aparte de que el camino no es suyo sólo; y por consiguiente sería mejor: *va por el camino*, porque ese pronombre posesivo sustituyendo al artículo, da cierta bajeza, cierta familiaridad á la frase, que no cuadra á la solemnidad del asunto.

Y aparte de que está de sobra el *qué* ponderativo del cuarto verso, pues ya quedaba el *cuán* en el segundo, y son dos albardas...

Por lo demás, repito que en lo de ir por el camino hace bien, y yo le alabo el gusto á don Miguel Antonio, no el de poeta, que es rematadamente malo, sino el de caminante.

Pues aun cuando pudiera haberse ido por el atajo y llegaría primero, el refrán dice que «no hay atajo sin trabajo», y los refranes siempre son atendibles.

Vamos á la segunda estrofa:

«En su primer mañana,
 Alma alegre y cantora,
 Abandonó el hogar...»

No sería por fuerza en la primer mañana: sería en la primera juventud, en la primera edad.

¿Cómo había de abandonar el hogar un niño recién nacido?... Ni siquiera en brazos de su madre, que tampoco podría viajar de recién parida.

A no ser que se viera en tan apurada necesidad como la señora de don Amadeo de Saboya, de triste y progresista recuerdo; la cual, en semejante situación, tuvo que surtir del palacio de la Plaza de Oriente para trasladarse á su tierra.

Porque como su *caro* esposo había venido á hacer de rey y se invalidó la contrata...

Mas volvamos á nuestro peregrino:

«En su primer mañana,
 Alma alegre y cantora,
 Abandonó el hogar, como á la aurora...»

¡Ah! ¿También abandonó á la aurora?...
 No: es una comparación rípiosa que concluye en el verso siguiente:

«Abandonó el hogar, como á la aurora
 Deja su nido la avecilla *ufana*.»

Bueno; adelante:

«Aire y luz, vida y flores
 Busca en la *vasta* y *fría*
 Región que la *inocente* fantasía
 Adornaba con *mágicos* fulgores.»

Psche... Vamos á otra.

«Materia da á su llanto...»

Materia... da... á... Muy malito, señor presidente, muy malito.

A más de que eso de *dar materia* al llanto tampoco está bien. Las contrariedades puede decirse que dan ocasión, dan motivo al llanto, pero no *materia*; porque materia del llanto es el agua salada que sale por los ojos, y esa cada uno la lleva dentro de sí.

«Materia da á su llanto
Cuanto...»

¡Hombre! ¡Qué consonantitos tan monos!
Llanto... Cuanto...

«Materia da á su llanto
Cuanto el hombre le ofrece,
Y la risa en sus labios *no florece.*»

Claro que no. Ni en los de nadie... como diría en verso el señor Balart, cuidando de que *irradie* antes cualquier cosa.

¡Mire usted que florecer la risa!

«Y la risa en sus labios *no florece,*
Y olvidó la *nativa voz* del canto.»

Nativa voz, *va-voz*. Y todo el verso es prosaico y duro.

Otra estrofa:

«Hizose pensativo;
Las nubes y las olas
Sus confidentes son, y *trata á solas*
El sitio más repuesto y más esquivo.»

¿Cómo, cómo?... ¿A ver qué es eso de tratar á solas el sitio más repuesto?...

Me parece que eso de *tratar los sitios*, por esquivos y repuestos que sean, es una novedad que merece consignarse.

Se dice frecuentar, don Miguel...

Saltando sobre otras muchas estrofas iguales á las ya copiadas, se llega á una, que dice:

«El pobre peregrino
Ni ve, ni oye, ni siente;
De la patria la imagen en su mente
No existe ya, *sino ideal divino.*»

«La imagen de la patria no existe, sino ideal divino...»

La sintaxis es la que no existe para el señor Caro y demás poetas *ejusdem furfuris*.

Ni como ideal divino... ni humano...

¡Y qué soneto tiene el señor Caro
 Titulado, en latín, *pro senectute!*
 De todos los poetas de matute
 Ninguno ha introducido otro tan raro.
 Yo rey de los sonetos le declaro,
 Y nadie á complacencia me lo impute...
 ¡Cuán dulce en el oído reperente
 Aquel archipoético disparo
 De ripios, asonancias y durezas!...

¡Calla! ¿Pues no estaba yo haciendo otro
 soneto malo para censurar el de don Miguel
 Antonio?...

¡Lo que es el mal ejemplo!...
 El soneto del señor Caro empieza así:

«Tú que emprendiste *bajo albor temprano*
 La áspera senda con *ardiente brío*
 Y ora *inclinado* y con andar *tardío*,
 Rigiendo vas el *báculo de anciano*...»

Hasta ahora no hay más de particular que
 estos asonantes de *báculo* y *anciano*, las dure-
 zas de *bajo albor* y *vas con báculo*, y los epi-
 tetos *temprano*, *áspera*, *ardiente*, *inclinado* y
tardío.

Esto en los cuatro primeros versos, en el
 primer cuarteto.

El segundo dice:

«Torpe el sentido y el cabello *cano*...»

Signe la lluvia.

«Torpe el sentido y el cabello *cano*
 No te acobarden; ni en sepulcro *frío*
 Contemples con *doliente desvarío*
 De *rápido* descenso el fin *cercano*...»

Inventario de las galas del segundo cuarte-
 to: *torpe*, *cano*, *frío*, *doliente*, *rápido* y *cercano*...

Amén de llamar *desvarío*, por la fuerza del
 consonante, al juicioso pensamiento de la
 muerte.

No haga usted caso de los aduladores, señor
 Caro.

Créame usted á mí. No es usted poeta.

Y el empeño de pasar por tal, va á hacerle
 á usted pasar por tonto.

POSDATA.—Á pesar de ser tan patente la
 ineptitud poética del pobre señor Caro y de
 quedar, á mayor abundamiento, tan demos-
 trada, todavía un colombiano llamado Restre-
 po salió contra mí hecho una furia cuando se
 publicó la primera edición de este libro, em-
 peñándose en defender que el señor Caro era
 buen poeta y que era injusta mi censura.
 Poco después me enviaban de Colombia el
 desahogo del tal Restrepo, y me decían:

«No lo extrañe usted: el señor Caro, presi-
 dente de la República, ha dado al señor Res-
 trepo muy buenos destinos.»